

La calle para el viernes 9 de marzo de 2007  
Diario de un espectador  
Con García Márquez  
por miguel ángel granados chapa

Ponemos hoy fin a las cuatro entregas dedicadas a Gabriel García Márquez, la primera de las cuales, el martes, recordó su nacimiento, ocurrido ocho décadas atrás, el 6 de marzo de 2007. Volveremos en el curso de este año a ocuparnos del gran escritor nacido en Colombia, con motivo de otros aniversarios redondos, que se cumplen en este año, como la aparición hace cuarenta de *Cien años de soledad*, hace sesenta de su primer relato y hace 25 de su recepción del Premio Nobel. Queremos hoy, sin embargo, dedicar estas líneas a contar algunos momentos de nuestra relación personal con el autor de *El amor en los tiempos del cólera*. No nos ufamamos de ser sus amigos, como en falso declaran muchas personas que con desgarbo lo llaman por su apodo familiar. Pero la vida nos ha colocado, agradeciblemente, en circunstancia de intercambiar palabras con él más de una vez, y más de una vez beneficiarnos junto con otras personas de su generosidad.

Lo vimos por primera vez hace poco más de cuarenta años. Aunque ya era un escritor conocido, por sus relatos y sus guiones de cine, y por su trabajo periodístico, distaba de ser la gran figura que fue después de 1967. Cuando lo saludamos por primera vez parecía un vago, despreocupado por la vestimenta y sin cuidado por el tiempo. Nos lo presentó el periodista italiano Roberto Savio, que era director de la agencia de noticias Inter Press Service (Ips). Suponemos que se habían conocido en los años de la estancia romana del escritor colombiano, o tal vez durante su paso por la agencia Prensa latina, que sirvió de modelo a Savio para establecer Ips (y su antecedente Roman Press service).. Savio se hospedaba en el hotel Bamer, distante entonces del deterioro que hoy todavía lo aqueja, y allí conversaba amistosamente con el sencillo personaje vestido con pantalón vaquero, camisa sport y chamarra, y calzado con mocasines. García Márquez trabajaba entonces, o hasta fecha reciente lo había hecho, con Gustavo Alatríste y Nikito Nipongo en *Sucesos para todos*.

Poco más de diez años después hablamos de nuevo. La revista *Proceso* estaba en mayo de 1977 en trance de consolidarse. Había aparecido seis meses antes, y requería un empujón informativo. García Márquez, amigo de Julio Scherer de tiempo atrás, comprendió que su auxilio sería determinante para el semanario, y aunque ya cobraba buenas sumas por su trabajo periodístico, regaló a la incipiente revista un reportaje sobre la presencia cubana en Angola, la colonia portuguesa en trance de descolonización. Para mitigar nuestro rubor por el obsequio de un material que ya se tasaba alto y nosotros no teníamos capacidad de pago, lo invitamos a comer, ocasión que resultó en un nuevo regalo, por la sabrosura y profundidad de su conversación.

Lo vimos en los años siguientes varias veces en la casa de Iván Restrepo, su paisano colombiano, donde los miércoles se reunía un grupo de periodistas a intercambiar información o a hablar con invitados notables, incluidos presidentes de la república. El momento estelar de esa relación, en esos años, ocurrió en La Habana un diez de marzo (mañana se cumplen veinticinco de entonces) en casa del embajador mexicano Gonzalo Martínez Corbalá, quien se despedía del gobierno de Cuba al volver a México, y fue convidado principal (así la fiesta ocurriera en su propio domicilio) del presidente Fidel Castro. García Márquez pasaba una temporada a la isla y se unió a la celebración del pequeño grupo que viajamos ex profeso desde México.

Cuando en 1984 fundamos el diario *La Jornada*, García Márquez nos obsequió su solidaridad de varios modos. Con su consejo profesional, con un texto que se imprimió en un mural hecho en serigrafía, y asistiendo a la jolgoriosa reunión inicial del proyecto, en el hotel de México.